

vienes como en otro tiempo á Job, muéstrate en carne á mi vista...

IX

« Pero su espíritu respondió en el interior de mi sér : « Hijo de la duda, manda al Océano que com-
« parezca á la voz de la gota ; manda á la eternidad
« que obedezca al momento ; manda al sol, velado
« por el deslumbramiento, que repentinamente se
« muestre á la pálida chispa que ostenta el ras-
« trero gusano ó recela el guijarro duro ; manda á
« la eternidad, incapaz de contenerme, anidarse en
« el espacio inscrito en tus dos pasos.

« ¿ De qué modo quieres que á tí me nombre ?
« ¿ Por que sentido pretendes que á tu sér aparezca ?
« ¿ Deseas que me manifieste á tu ojo, á tu oreja,
« á tu boca, á tu mano ? ¿ Hay algo divino en tí ?
« ¿ Hay algo humano en mí ? El ojo del mortal es
« un falso cristal velado por un párpado, ojo que
« deslumbra un relámpago, y ciega un grano de
« polvo ; la oreja un tambor estendido rematando
« en un nervio, do retumba un sonido carnal que
« percibe el espíritu ; la boca un tubo por el cual,
« mediante el agua ó la tierra, apaga la sed ó satis-
« face el hambre el gusano humanal ; la mano un
« músculo ejercitado, dotado de un tacto sutil,
« pero ¿ qué puede saber este músculo cuando nada

« le es dado asir ? ¿ Acaso puedes tú ver lo invisible ó
« palpar lo impalpable ? ¿ Puedes tú pisar el espíritu
« como la arena ó la yerba ? ¿ Puedes lisongearte
« de tocar el alma, abrazar la idea con los brazos,
« ó respirar á aquel á quien nadie cupo absorber ?
« ¿ Soy yo opaca, mortales, para daros una som-
« bra ? ¿ Puedo ser yo producto del número, siendo
« la unidad suprema ? ¿ Soy yo un lugar, para poder
« mostrarme al ojo reducido ? ¿ Soy yo un sonido
« para impresionar la oreja del sordo ? ¿ Qué for-
« ma de tu sér no envilece mi esencia ? ¿ Hay algo
« que no se vuelva pequeño cuando cae bajo la me-
« dida humana ?

« ¿ En qué parte de los abismos celestiales, qui-
« sieras tú que mi gloria se mostrase á tus ojos ?
« ¿ Acaso en esta tierra do en tinieblas te arrastras,
« en esta tierra escalon postrero de esos millares de
« mundos, cuyas espirales fenecen y renacen sin
« tregua ni descanso, y cuyo cómputo excede al nú-
« mero de tus días ; en esta tierra, carbonoso frag-
« mento desprendido del hogar de un cometa, cuya
« rotacion le dió la forma esférica que á los planetas
« caracteriza ; fragmento flotante aun á efecto del
« imprimido choque, y que olvidaría mi ojo en los
« confines del éter, si pudiese escapar á mi vista
« uno solo de los granos de la arena centellante con
« que me complazco en sembrar mi nube ?

« ¿ Acaso pretendes que se muestre mi gloria en

« mis soles, ó en algun otro punto de esos focos del
 « cielo, cuyo diámetro inmenso solo pudiera abar-
 « car el dedo divino? Pero por grande que sea, tiene
 « un principio y un fin; mas ¿quién llegará á cal-
 « cular mi órbita incógnita? ¿Quién podrá contener
 « á quien todo lo contiene? ¿Qué compas, por an-
 « churoso ámbito que presente, podrá medir mi
 « superficie? ¿Cómo podrá incluir mi propia in-
 « mensidad un espacio celeste, limitado por otros
 « espacios? ¿Será acaso mas Dios que yo el astro
 « en que me dignase mostrar mi gloria, afrentará
 « acaso mi esencia mi criatura por vergonzoso con-
 « traste, ú osará tal vez el dedo insolente de un
 « calculador reducir en cifras al autor de su sér?

« Desde el dia en que se apagó la luz del Eden, la
 « antigüedad falaz me pintó en sueños, y cada
 « pueblo sucesivamente idólatra del emblema, me
 « dió su propia forma para adorarse á sí mismo.

« Tal fué el primero el Ganges, ebrio de letal
 « beleño, cuyo cauce ve rodar los sueños al par
 « de las ondas, pluralizó mi santa unidad, enarboló
 « en sus altares continuas y deslumbrantes meta-
 « mórfosis, divergió el incienso en dioses miles
 « mortales; y adorando el elefante macizo, cargó
 « en sus lomos el mundo, construyó en el templo
 « un tablado dramático, y transformó al Eterno en
 « histrion despreciable, que mudando de forma y
 « atributo, representaba el papel de Criador ante
 « su criatura.

« La Persia avergonzada de tan ignoble mogi-

« ganga, mas respetuosa me encarnó en el fuego;
 « y pontífice del sol, Zoroastro pio me revistió de
 « un astro para hacer brillar mi gloria.

« Cada cual me confundió con su elemento pro-
 « pio: la China astronómica con el firmamento
 « estrellado, el Egipto agrícola con el inmundo
 « cieno que riega el *dios-Nilo* y fecunda el *dios-*
 « *buey*; la Grecia marítima con la onda ó el éter
 « que refrenaban en mi nombre Neptuno ó Júpiter,
 « y forjándose un cielo tan vano como sí misma,
 « solo vió un gran poema en la Divinidad. Pero el
 « soplo del tiempo barrerá sus inanes sueños,
 « pues mi astro se ha levantado sobre sus lóbregas
 « noches.

.....

X

.....

« Insectos zumbadores, congregadores de nubes,
 « ¿hasta cuando caerá vuestra descarriada mente
 « en las asechanzas que le tienden las imágenes?
 « ¿Me creéis acaso semejante á los dioses de vues-
 « tras tribus? Mis atributos aparecen al espíritu,
 « mas no mi esencia; mis rayos fulguran en el en-
 « tendimiento humano, y todo ojo que cree repro-

« ducirme, me deprime al intentarlo. Cesad pues
« de medir vuestro espacio y el mio, pues nada
« seria si todo no lo fuese.

« Si, todo, mas no ese segundo caos que adora
« el panteista, do se evapora en la inmensidad
« el mismo Dios; mezcla grosera de hacinados
« elementos, en que el bien cesa de ser bien, y el
« mal de ser mal; si no ese todo, *centro-Divino* del
« alma universal, que subsiste en su obra y sin
« ésta subsiste; belleza, poder, amor, inteligencia,
« ley, que de su sér irradia para gozar de su propia
« esencia...

« Tal es la única forma en que puedo aparecerte,
« pues, hijo mio, no soy un sér, sino el sér. Su-
« mérgete en mi altura y en mi profundidad, y
« juzga de mi sabiduría al pensar en mi grandeza.
« En vano explorarás los cielos, los mares, la
« tierra para encontrar mi nombre, pues no tengo
« mas que uno, y es... MISTERIO.

« ¡ Oh Misterio! le dije, sé pues mi fé... Misterio,
« vínculo santo entre el Criador y su criatura,
« mientras mas tenebrosos son tus abismos, menos
« fúnebres me parecen. Mi frente levanto deslum-
« brada de tinieblas, pues, cuando al horizonte
« priva de su esplendor el astro benéfico, la inmen-
« sidad de la sombra su grandeza atestigua. Esta
« misma oscuridad es la medida de nuestra fé,
« pues la divinidad del objeto vuelve mas oscura

« la imágen. Así renuncio á buscar con los ojos,
« con las manos, con los brazos, y digo: Tú mismo
« eres, pues no te veo. »

XI

« Así el silencio y soledad del desierto me habla-
ban con mas elocuencia que la muchedumbre...
¡ Oh desierto, gran vacío cuyo eco repite la voz del
cielo! Habla al espíritu humano, inmenso Israel; y
pueda yo, á la extremidad de la uniforme llanura,
en que por tanto tiempo seguí la humanal caravana,
sin hallar en la arena que levantan sus pasos á aquel
que la envuelve invisible; pueda yo, antes de po-
nerse el sol, cansado de los Babels de la duda, de-
jando serpentear en el camino á mis compañeros,
sentarme junto al pozo de Jacob con la frente en
ambas manos, cerrar mis oídos á las vanas pala-
bras, y en este arenal adusto conversar cara á cara
con la eternidad, el poder y el espacio: tres pro-
fetas mudos, silencios llenos de fé, que no son tus
nombres, Señor, pero sí tu esencia; evidencias de
espíritu que hablan sin palabras, no esculpiendo
ídolos en la piedra, si bien, en el fondo mismo de
nuestras oscuridades, nos reflejan por triple destello
tu misma sustancia, mostrándonos como padre y
madre de tí mismo, nacido sin antepasado alguno, de
cuyo seno brota sin agotarse el océano sin fondo del

Sér, regresando á tí mismo nunca disminuido y siempre acrecentado ese Sér de flujo eterno y de eterno reflujo.

« Y, tal como el varon audaz que habló en tu presencia é indulgente acogistes, pueda yo cubierto por tu sombra como por un sudario, morir solo en el desierto en la fé del GRAN SOLO¹. »

XXVIII

Ahora bien, olvidemos estos débiles versos, leamos á Job y veamos por que admirable circuito de un pensamiento que gira en torno del orbe intelectual, pasa el gran poeta y no menos gran filósofo de la fé á la duda, de la duda á la blasfemia, de la blasfemia á la certidumbre, y de la desesperacion de espíritu á esa fé razonada, á esa plena confianza del hombre en Dios, única sabiduría de los verdaderos sabios, única verdad del corazon como lo es del entendimiento.

La lectura de Job no es solamente la mas alta leccion de poesía, sino el mas acendrado modelo de piedad.

Pero antes de todo digamos quien era Job.

1 I.

Il est nuit... Qui respire?... Ah! c'est la longue haleine,
La respiration nocturne de la plaine!

Elle semble, ô désert! craindre de t'éveiller.

Accoudé sur ce sable, immuable oreiller,
J'écoute, en retenant l'haleine intérieure,
La brise du dehors, qui passe, chante et pleure;
Langue sans mots de l'air, dont seul je sais le sens,
Dont aucun verbe humain n'explique les accents,
Mais que tant d'autres nuits sous l'étoile passées
M'ont appris, dès l'enfance, à traduire en pensées.
Oui, je comprends, ô vent! ta confidence aux nuits:
Tu n'as pas de secret pour mon âme, depuis
Tes hurlements d'hiver dans le mâit qui se brise,
Jusqu'à la demi-voix de l'impalpable brise
Qui sème, en imitant des bruissements d'eau,
L'écume du granit en grains sur mon manteau.

Quel charme de sentir la voile palpitante
Incliner, redresser le piquet de ma tente,
En donnant aux sillons qui nous creusent nos lits
D'une mer aux longs flots l'insensible roulis!
Nulle autre voix que toi, voix d'en haut descendue,
Ne parle à ce désert muet sous l'étendue.
Qui donc en oserait troubler le grand repos?
Pour nos balbutiements aurait-il des échos?
Non; le tonnerre et toi, quand ton *simoun* y vole,
Vous avez seuls le droit d'y prendre la parole,
Et le lion, peut-être, aux narines de feu,
Et Job, lion humain, quand il rugit à Dieu!....

Comme on voit l'infini dans son miroir, l'espace!
A cette heure où, d'un ciel poli comme une glace,
Sur l'horizon doré la lune au plein contour
De son disque rougi réverbère un faux jour,
Je vois à sa lueur, d'assises en assises.

Monter du noir Liban les cimes indécises,
D'où l'étoile, émergeant des bords jusqu'au milieu,
Semble un cygne baigné dans les jardins de Dieu.

.....

II.

Sur l'océan de sable où navigue la lune,
Mon œil partout ailleurs flotte de dune en dune;
Le sol, mal aplani sous ces vastes niveaux,
Imite les grands flux et les reflux des eaux.
A peine la poussière, en vague amoncelée,
Y trace-t-elle en creux le lit d'une vallée,
Où le soir, comme un sel que le bouc vient lécher,
La caravane boit la sueur du rocher.
L'œil, trompé par l'aspect au faux jour des étoiles,
Croit que, si le navire, ouvrant ici ses voiles,
Cinglait sur l'élément où la gazelle a fui,
Ces flots pétrifiés s'amolliraient sous lui,
Et donneraient aux mâts courbés sur leurs sillages
Des lames du désert les sublimes tangages!

.....

Mais le chameau pensif, au roulis de son dos,
Navire intelligent, berce seul sur ces flots;
Dieu le fit, ô désert! pour arpenter ta face,
Lent comme un jour qui vient après un jour qui passe,
Patient comme un but qui ne s'approche pas,
Long comme un infini traversé pas à pas,
Prudent comme la soif quarante jours trompée,
Qui mesure la goutte à sa langue trempée;
Nu comme l'indigent, sobre comme la faim,
Ensanglantant sa bouche aux ronces du chemin;
Sûr comme un serviteur, humble comme un esclave,
Déposant son fardeau pour chausser son entrave,

Trouvant le poids léger, l'homme bon, le frein doux,
Et pour grandir l'enfant pliant ses deux genoux!

.....

III.

Les miens, couchés en file au fond de la ravine,
Ruminent sourdement l'herbe morte ou l'épine;
Leurs longs cous sur le sol rampent comme un serpent;
Aux flancs maigres de lait leur petit se suspend,
Et, s'épuisant d'amour, la plaintive chamelle
Les lèche en leur livrant le suc de sa mamelle.
Semblables à l'escadre à l'ancre dans un port,
Dont l'antenne pliée attend le vent qui dort,
Ils attendent soumis qu'au réveil de la plaine
Le chant du chamelier leur cadence leur peine,
Arrivant chaque soir pour repartir demain,
Et comme nous, mortels, mourant tous en chemin!

.....

IV.

D'une bande de feu l'horizon se colore,
L'obscurité renvoie un reflet à l'aurore;
Sous cette pourpre d'air, qui pleut du firmament,
Le sable s'illumine en mer de diamant.

Hâtons-nous!... replions, après ce léger somme,
La tente d'une nuit semblable aux jours de l'homme,
Et, sur cet océan qui recouvre les pas,
Recommençons la route où l'on n'arrive pas!

Eh! ne vaut-elle pas celles où l'on arrive?
Car, en quelque climat que l'homme marche ou vive,
Au but de ses désirs, pensé, voulu, rêvé,
Depuis qu'on est parti qui donc est arrivé?...

.....

Sans doute le désert, comme toute la terre,
 Est rude aux pieds meurtris du marcheur solitaire,
 Qui plante au jour le jour la tente de Jacob,
 Ou qui creuse en son cœur les abîmes de Job !
 Entre l'Arabe et nous le sort tient l'équilibre ;
 Nos malheurs sont égaux... mais son malheur est libre !
 Des deux séjours humains, la tente ou la maison,
 L'un est un pan du ciel, l'autre un pan de prison ;
 Aux pierres du foyer l'homme des murs s'enchaîne,
 Il prend dans ses sillons racine comme un chêne :
 L'homme dont le désert est la vaste cité
 N'a d'ombre que la sienne en son immensité.
 La tyrannie en vain se fatigue à l'y suivre.
 Être seul, c'est régner ; être libre, c'est vivre.
 Par la faim et la soif il achète ses biens ;
 Il sait que nos trésors ne sont que des liens.
 Sur les flancs calcinés de cette arène avare
 Le pain est graveleux, l'eau tiède, l'ombre rare ;
 Mais, fier de s'y tracer un sentier non frayé,
 Il regarde son ciel et dit : Je l'ai payé !...

Sous un soleil de plomb la terre ici fondue
 Pour unique ornement n'a que son étendue ;
 On n'y voit pas bleuir, jusqu'au fond d'un ciel noir,
 Ces neiges où nos yeux montent avec le soir ;
 On n'y voit plus au loin serpenter dans les plaines
 Ces artères des eaux d'où divergent les veines
 Qui portent aux vallons par les moissons dorés
 L'ondoiement des épis ou la graisse des prés ;
 On n'y voit pas blanchir, couchés dans l'herbe molle,
 Ces gras troupeaux que l'homme à ses festins immole ;
 On n'y voit pas les mers dans leur bassin changeant
 Franger les noirs écueils d'une écume d'argent,
 Ni les sombres forêts à l'ondoyante robe
 Vêtir de leur velours la nudité du globe,
 Ni le pinceau divers que tient chaque saison
 Des couleurs de l'année y peindre l'horizon ;
 On n'y voit pas enfin, près du grand lit des fleuves,
 Des vieux murs des cités sortir des cités neuves,

Dont la vaste ceinture éclate chaque nuit
 Comme celle d'un sein qui porte un double fruit !
 Mers humaines d'où monte avec des bruits de houles
 L'innombrable rumeur du grand roulis des foules !

V.

Rien de ces vêtements, dont notre globe est vert,
 N'y revêt sous ses pas la lèpre du désert ;
 De ses flancs décharnés la nudité sans germe
 Laisse les os du globe en percer l'épiderme ;
 Et l'homme, sur ce sol d'où l'oiseau même a fui,
 Y charge l'animal d'y mendier pour lui !
 Plier avant le jour la tente solitaire,
 Rassembler le troupeau qui lèche à nu la terre ;
 Autour du puits creusé par l'errante tribu
 Faire boire l'esclave où la jument a bu ;
 Aux flancs de l'animal, qui s'agenouille et brame,
 Suspendre à poids égaux les enfants et la femme ;
 Voguer jusqu'à la nuit sur ces vagues sans bords,
 En laissant le coursier brouter à jeun son mors ;
 Boire à la fin du jour, pour toute nourriture,
 Le lait que la chamelle à votre soif mesure,
 Ou des fruits du dattier ronger les maigres os ;
 Recommencer sans fin des haltes sans repos
 Pour épargner la source où la lèvre s'étanche ;
 Partir et repartir jusqu'à la barbe blanche...
 Dans des milliers de jours, à tous vos jours pareils,
 Ne mesurer le temps qu'au nombre des soleils ;
 Puis de ses os blanchis, sur l'herbe des savanes,
 Tracer après sa mort la route aux caravanes...
 Voilà l'homme !... Et cet homme a ses félicités !
 Ah ! c'est que le désert est vide des cités ;
 C'est qu'en voguant au large, au gré des solitudes,
 On y respire un air vierge des multitudes !